



El médico de Pérgamo

Orlando Mejía Rivera

Prólogo de Pablo Montoya

© Orlando Mejía Rivera, 2008
© Del prólogo, Pablo Montoya, 2018
© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2024
Todos los derechos reservados.

Primera edición: julio, 2024

Publicado por Punto de Vista Editores
C/ Mesón de Paredes, 73
28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com
puntodevistaeditores.com
@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas
Diseño de la colección: Ezequiel Cafaro
Diseño de cubierta: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico
Imagen de cubierta: *Galen*. Lithograph by P. R. Vignéron. Wellcome Collection

ISBN: 978-84-128250-4-6

THEMA: FBA

Depósito legal: M-13771-2024

Impreso en España – *Printed in Spain*
Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

13	Prólogo de Pablo Montoya
17	El médico de Pérgamo
19	Nota del editor
25	Prefacio
29	I. A teneris unguiculis
53	II. Fugit iuventus
77	III. Pluris est oculatus testis unus, quam auriti decem
111	IV. Nihil est miserum nisi eum putes
125	V. Nulla dies sine linea
129	VI. Nemo est autem senex, qui se annum non putet posse vivere
137	VII. Ianua leti

*Al sanado por Asclepios,
con todo mi corazón.*

Grammata sola carent fato, mortemque repellunt;
Preterita renovant grammata sola biblis.

Hrabanus Maurus (750-856)

El médico de Pérgamo

Prefacio

He vuelto a Pérgamo. La villa campestre heredada de mi padre Aelio Nicón ha sido cuidada por los hijos, los nietos y los bisnietos de su fiel sirviente Mario, a quien recuerdo de mi infancia caminando por estos bellos parajes donde los árboles de almendros, los olivos y los viñedos siguen en pie y expeliendo esas fragancias inolvidables que me hicieron aguzar mi olfato de niño curioso. El rumor de las aguas crecidas del río Caicos me recibe ahora como si el tiempo se hubiese detenido y nunca me hubiera ido, pero la decrepitud de mi cuerpo envejecido no puede ser eludida y de ese joven de catorce años, que aprendió de su amado y sabio progenitor las más importantes lecciones de la vida, que después ningún libro ni ningún otro hombre han superado, ya no existe sino en mi memoria.

Por eso decidí regresar a morir a mi entrañable tierra griega, a que mis ojos cansados, pero todavía funcionales, se vuelvan a llenar de las imágenes de calles, edificios, ágoras y colinas que recorrí cuando era un muchacho libre e ingenuo que todavía no había conocido y soportado el peso terrible de la maldad humana, de esa tormentosa y furibunda locura de la turba romana, de esa avidez de sangre y venganza de la corte imperial donde hace muchos años no se respeta a nadie ni a nada. No es necesario que los arúspices vengyan anunciando que los hígados de las palomas muestran la catástrofe inminente del imperio, basta saber que cuando los hijos planean la muerte de sus padres, los abuelos violan a sus nietas y nietos y las madres transforman sus lechos sagrados en lujuria desenfrenada al servicio de amantes obsesionados por el poder, ninguna fortaleza estará a salvo y menos en las manos de esos miles de legionarios y pretorianos que se han transformado en una secta de borrachos y extorsionadores, que venden y compran las sillas de los senadores e incluso del emperador, como pasó hace ya varios años con el desgraciado y obtuso Didio Juliano.

Los últimos años del reinado de Septimio Severo fueron un bálsamo tranquilizador para el avanzado caos del imperio, quien no mereció ser comparado con mi amigo Marco Aurelio, aunque lo igualó en la ceguera ante sus hijos. Cómodo, a pesar de su brutalidad y su soberbia herculeana, nunca fue tan cruel y tenebroso como este Caracalla, que no le bastó asesinar a su

hermano Geta, sino que ahora recorre las provincias del imperio temeroso de regresar a Roma, destruyendo con su ejército de soldados envilecidos y de avariciosos recaudadores de impuestos, las mínimas normas de respetabilidad y decencia que poseía la Corte Imperial. Por eso, y es una decisión tomada, el día que él aparezca en Pérgamo preferiré la muerte y suplicaré al magnánimo Asclepios que se acuerde de mí, de su discípulo imperfecto que dedicó toda su vida a estudiar las formas geométricas, los números y las filosofías, a curar los enfermos, a investigar los secretos anatómicos de los órganos y fluidos, a pensar la lógica del diagnóstico clínico, a descubrir nuevas técnicas de cirugía, a experimentar con plantas y pócimas que llevaron alivio a los innumerables hombres, mujeres y niños que atendí con amor y desinterés genuino.

A mis ochenta y cinco años la vida se percibe de otra manera. El desapego a los honores y la fama es completo y la curiosidad intelectual se ha atenuado. Sigo siendo médico y una tarde a la semana atiendo a los campesinos de la región y les regalo las drogas que he hecho traer de mi casa de Roma, al igual que trasladé mi amada biblioteca, de la cual no he querido desprenderme. La totalidad de mis amigos y de mis enemigos ya han muerto y enterré a dos emperadores a quienes les preparé la triaca para que no fueran envenenados. Mis libros se leen en todos los confines del imperio y me han contado que algunas copias han sido traducidas al latín, porque las nuevas generaciones

de médicos están olvidando el griego ático. Los incontables dioses me han sido apáticos y solo reconozco al venerado Asclepios, mi dios ancestral, quien desde joven me ha regalado con su presencia directa a través de mis sueños.

No dejo descendencia de la carne, porque no quise recorrer los extensos y fatigosos laberintos de la concupiscencia y del amor corporal. Me bastó descargar mis fluidos seminales como lo hice con los excrementales, por una estricta necesidad natural, y me fueron siempre indiferentes los escasos nombres y rostros que alguna vez recibieron mi simiente. Desdeñé las riquezas y los lujos porque siempre los pude tener desde mi nacimiento. Mi auténtico tesoro ha sido mi salud y cuando estuve a punto de morir Asclepios se apiadó de mí. Llego a mi etapa postrera, anciano de cuerpo y lúcido de mente, con ganas de escribir mi última obra acerca de lo que recuerdo haber sido y ser, aunque estoy de acuerdo con Platón y su mención de que la vejez es la dueña del olvido.

Es este el libro que espero alguien leerá cuando mi nombre se haya refundido o sea recordado por lo que en realidad no fui. Las posibilidades de que no lo concluya son grandes pero ese es, lo confieso, mi propósito secreto: deseo morir con mis dedos apretando el cálamo y embotronando el pergamino, anhelo exhalar mi aliento vital en medio de una frase que nunca tendrá el punto final.

I

A teneris unguiculis

1

Mi feliz infancia la viví en esta misma villa que ahora será mi última morada. La felicidad provino de mi padre y las inquietudes de mi madre. Mi padre fue un hombre justo, benévolo, compasivo, filantrópico, al cual jamás oí alzarle la voz a mi madre o gritarle o pegar a nuestros esclavos y sirvientes. Mi madre fue lo contrario de él, eran como el día y la noche. Su irascibilidad fue legendaria en Pérgamo y con frecuencia mordía a sus doncellas, arrojaba guijarros a los jardineros y su ánimo, agriado como la leche trasnochada, se vertía de manera constante en la mansa humanidad de mi padre. Le alegaba por todo, le gritaba y lloraba mientras le halaba de la túnica, le increpaba que su infelicidad del corazón se debía a él, el único culpable de su aflicción. Ella se comportaba como la Jantipa de Sócrates y él

como un filósofo estoico penetrado por el sentimiento atarácico: la miraba con serenidad y luego la abrazaba.

Desconozco el trato que le dio Jantipa a sus tres hijos, Lamprocles, Sofronisco y Menexeno, pero sí recuerdo el comportamiento de mi madre conmigo. Una sola vez, en mis primeros catorce años de vida, me atrajo a su regazo y me besó en la frente. El resto del tiempo eludió mi existencia como si yo fuera un espectro. A mi cargo estuvo mi nodriza y nana Aikaterine, originaria de la ciudad de Mileto. De ella obtuve la ternura, las caricias y los dulces susurros que un hombre debe recibir en su niñez de una mujer, para que su corazón de adulto no se transforme en el de un lobo sanguiinario y despiadado.

En esos años adoré a mi padre y odié a mi madre. No podía sospechar lo que me fue revelado en el funeral de ella, ya siendo un adulto, por la misma anciana Aikaterine que logró vivir hasta la inverosímil edad de los cien años, sin que conociera nunca mis consejos de médico sobre los hábitos que conducen a la longevidad. Existen personas, sencillas y elementales casi siempre, que parece que nacieran empapadas con la sabiduría de la naturaleza y no necesitaran de los conocimientos humanos. Mi querida y recordada nana fue uno de esos seres y también me superará en los años vividos, ya que mi organismo es como la quilla de un barco que todavía tiene indemne su madera pero que está derruyéndose por dentro.

La presencia de mi padre colmó mi felicidad, sus enseñanzas fueron como los perennes rayos del sol que todavía marcan la memoria de mi vida profunda. Estuvo dedicado a mí, como mi bisabuelo lo hizo con mi abuelo y este con mi progenitor. Ellos conformaron una dinastía de geómetras y arquitectos famosos y competentes, que descubrieron la grandeza de los números y los secretos racionales de la geometría. Ese fue el primer legado recibido de mi padre Nicón de una forma suave y didáctica para ser comprendida por mí. Todos los días salíamos a caminar, en las horas nuevas de la mañana, en compañía de su fiel capataz Mario.

Recorriamos los viñedos y almendros, revisábamos el ganado y las porquerizas, nos arrodillábamos en la tierra fértil y con las manos olíamos el humus y jugábamos con las lombrices sin hacerles daño. La villa era próspera y mi padre era feliz en medio de la naturaleza. Esa alegría me la traspasó y nunca olvidaré sus palabras. Me decía que siempre había que tener las manos untadas de tierra, porque era el símbolo de que nuestra razón no se extraviaría con ideas absurdas o fantásticas. Las semillas en la tierra eran la mejor comparación con las ideas de la mente racional: crecían de manera lenta, en la solidez de la realidad, y de esta forma sus frutos serían verdaderos, apetecibles y duraderos.

Las hechicerías y las magias eran las armas con que los charlatanes dominaban a los ignorantes, porque la ignorancia era la fuente de todos los miedos humanos.

Para ilustrar mejor esto me enseñó a comprender el horologio babilonio y la clepsidra tebana que estaban en nuestra casa desde que el abuelo los compró a un matemático macedonio. El cálculo del tiempo y el calendario, la posibilidad de prever la fecha de los eclipses de luna y de sol, la universalidad del triangulo, de la esfera, de la línea recta, eran todas verdades demostrables e irrefutables a través del conocimiento matemático. Las primeras lecciones de aritmética y geometría las recibí de él, con compás y regla, inclinados sobre un pergamino en su estudio de arquitecto.

Entre los ocho y los trece años escuché sus apasionadas, amenas y fascinantes clases donde aprendí las teorías de Arquitas de Tarento, los cálculos de superficies circulares de Anaxágoras y Antifón, los descubrimientos de Menaicmo sobre la parábola equilátera y la hipérbola, el problema de la cuadratura de las lúnulas planteado por Hipócrates de Quíos y, en especial, me dio las nociones de *Los Elementos* de Euclides de Alejandría, estudiando en el antiguo manuscrito familiar que mi bisabuelo compró, a precio de oro, a un geómetra de la biblioteca alejandrina.

Este tesoro bibliográfico heredado lo contemplo ahora mismo, con sus pliegos ajados por el uso y el paso del tiempo, pero sin que haya perdido nada de su legibilidad y están acá las notaciones y subrayados de mis ancestros y los míos. Me perturba, solo en este instante, no haber sido padre porque no tendré a nadie de mi

estirpe para legarle esta obra, sin duda alguna la más valiosa y amada de mi biblioteca. Todavía recuerdo, casi de memoria, los capítulos de su teoría de la proporción, sus conceptos sobre conmensurabilidad e inconmensurabilidad, sus explicaciones de la geometría espacial, bellos reflejos en esta tierra de los arquetipos platónicos.

Capté de mi padre, en esos años, la destilación preciosa de una sabiduría familiar y ancestral: los números eran más consistentes que las palabras, las demostraciones geométricas eran absolutas y perfectas y se acercaban más a la verdad que las innumerables teorías contradictorias y relativas de los filósofos, los médicos, los teólogos, los literatos, los retóricos y los políticos. Estaba preparado para continuar la profesión de mi linaje, pero un acontecimiento inesperado me arrebató mi aparente destino, claro está que no lo lamento. Debemos huir de la diosa fortuna y sus dados cargados de lo azaroso, pero no siempre podemos escapar. La fortaleza de nuestra voluntad y el poderoso instrumento de la razón son, a veces, frágiles armaduras frente a las tormentas de lo impredecible.

2

Cuando cumplí los catorce años nos mudamos a la casa de la ciudad. Mi padre aceptó la invitación del cónsul Cuspiano Rufinus de hacer parte de los arquitectos que reformarían el Templo Redondo del magnífico

Asclepieion que se construyó en el reinado de Adriano. El nuevo emperador Antonino Pío conservó la condición de «ciudad libre» de Pérgamo y le interesaba que nosotros continuáramos siendo la «joya asiática» del Imperio.

La residencia, construida por mi abuelo, era luminosa y amplia. Quedaba en la calle de las columnatas a unos pocos pasos de la Casa de la Fuente. Fui ubicado en tres habitaciones de la parte oriental, donde se me adaptó un estudio, una pequeña biblioteca y una zona para hacer ejercicio. Ahí llegaban los maestros contratados por mi padre para la enseñanza de la filosofía. Él quiso que tuviera profesores de las distintas escuelas de manera simultánea. Todas las mañanas debía recibir a uno de ellos y en las tardes iba a la gigantesca biblioteca pública, ubicada al lado del patio de entrada del Asclepieion. Allí se había erigido la estatua del emperador Adriano, donada por la noble dama Flavia Melitene.

Los lunes recibía al estoico Filopator, los martes al peripatético Aspacio, los miércoles al platónico Dardanos de Tarso, los jueves al escéptico Lacides de Megara y los viernes al epicúreo Hermaco. Filopator y Aspacio eran enfáticos y retóricos. Dardanos era un poeta atosigado de metáforas cósmicas y Hermaco era irónico, pero suave en su forma de expresión. Sin lugar a dudas aprendí de todos ellos y les debo también, a su pesar, la actitud que he conservado durante mi vida hasta hoy: no ser fanático de ningún sistema de conocimiento, no

pertenecer a ninguna escuela particular, la convicción de que la verdad está repartida en las múltiples visiones que han surgido de miles de pensadores, pero que no es exclusiva de uno solo.

Mi corazón fue ecléctico antes de conocer las ideas de Panesio, de Filón de Larisa, de Antioco de Ascalón y, en especial, del gran Posidonio a quien leí con fervor cuando estuve en Roma por primera vez. Ese espíritu ecléctico me permitió mezclar la virtud del justo medio aristotélico, la razón universal del estoico Crisipo, el alma tripartita de Platón, la división entre las necesidades naturales o las cosas innecesarias de Epicuro y, hasta cierto punto, la saludable desconfianza en las certezas de los sentidos y de la razón promulgada por el escéptico Pirrón de Elías, sin llegar nunca a su extremo gnoseológico de negar el criterio de la verdad y, ni mucho menos, su desprecio por los números.

Los maestros me elogiaron ante mi padre y me auguraron un futuro de pensador o gramático, pero mi progenitor deseaba formarme para la política y que llegara a ser algún día el gobernante de Pérgamo, fiel al modelo del rey platónico de *La República*. No fui ni lo uno ni lo otro. Uno de los límites de la naturaleza humana consiste en planear la existencia y que la realidad se encargue de destruir esos proyectos. La vida es un potro salvaje e indomable que nos arroja al suelo cuando pensamos que lo estamos sometiendo con las riendas del deseo o del destino.